

La Sociología como pasión

Rafael Paternain *

I

El Paraninfo de la Universidad estaba casi vacío. Corría el año 1987, y no más de diez jóvenes esperaban tranquilos en sus asientos. Un hombre corpulento, de pelo blanco con reflejos amarillentos, entró a toda prisa. Se ubicó delante de la gran mesa de disertaciones y comenzó a hablar de pie. Lanzó una risotada y se disculpó por la demora. Hablaba con las manos, fumaba incesantemente, y en su rostro pugnaban tanto una expresión amenazadora como una cálida ingenuidad. Los que estábamos allí teníamos entre 18 y 20 años, y nos proponíamos estudiar sociología. El hombre corpulento, que continuaba hablando, tenía la misión de explicarnos de qué se trataba tal disciplina y de persuadirnos de que nuestra opción era la mejor de todas las posibles. Mientras sostenía un cigarrillo que parecía eterno, soltaba sus interrogaciones: “¿ustedes están seguros de que quieren seguir sociología?, ¿conocen algún sociólogo exitoso profesionalmente?, ¿saben que optar por la sociología implica un voto de pobreza?” Y de inmediato, cada pregunta era coronada por una risotada que inundaba la desierta solemnidad de aquel Paraninfo.

El hombre corpulento nos hablaba de todo. De asuntos que comprendíamos y de cosas que se nos escapaban sin remedio. Muchos nos habíamos acercado a la sociología respondiendo a

los más altos impulsos políticos, pero nada escuchábamos en ese sentido. Los que de adolescentes habíamos absorbido el marxismo como sinónimo de postura crítica y recelábamos –por formación y por intuición– de todo economicismo, se nos aparecía ahora una sociología cuyo principio de realidad palpitaba al ritmo de las exigencias profesionales. Para quienes hacíamos de la lectura un precepto de vida y de oposición, y la sociología era un pasaporte hacia la historia, la filosofía, la lingüística y la literatura, no nos gustaba que aquel hombre corpulento nos asustara con los fantasmas de las matemáticas, la estadística y la computación.

El cigarrillo, por fin, se había consumido. Se hizo un enorme silencio. El hombre corpulento propuso hablar de la sociología como teoría social. Mencionó a los clásicos, dibujó escuelas y corrientes, se entusiasmó con célebres polémicas y advirtió sobre la relatividad de cada teoría. Su rostro estaba tenso, y en su ánimo se adivinaban la prisa y la confusión. Se adivinaba, también, en toda su persona, un caudal inagotable de conocimientos. Descubrimos en el momento, y para siempre, que la sociología era un juego intrincado e infinito de problemáticas teóricas. La disciplina que habíamos elegido estaba perlada por todo tipo de contradicciones. El hombre corpulento dio por concluida aquella clase especial de “introducción a la sociología”. A todos

* Profesor Asistente del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales; Master en Ciencias Humanas, Facultad de Humanidades, Universidad de la República — rafael@fcssoc.edu.uy

nos deseó fortuna y nos despidió con otra risotada.

Así conocí a Alfredo Errandonea. Aquella charla fue para mí el primer contacto serio con la sociología. Lo que hallé en sus palabras no era lo que yo sabía, ni siquiera lo que me esperaba. La disciplina por la que había optado era una enorme piedra que contenía tesoros insospechados. Una piedra que había que cincelar con el esfuerzo y horadar con la pasión.

II

La trayectoria intelectual de Alfredo Errandonea coincide con la historia de la sociología en el Uruguay. Al menos, con la historia de una sociología que liga las posibilidades teóricas con los requisitos de la investigación empírica. Una coincidencia, en primer lugar, de carácter institucional. El nombre de Errandonea se asocia a cada uno de los momentos, en los últimos treinta años, por autonomizar, consolidar y proyectar a la sociología como disciplina de naturaleza científica. Hombre con una definida vocación docente, dictó clases en las más diversas asignaturas y en los más variados lugares, influyendo notablemente también en la Universidad de Buenos Aires. Enseñó e investigó en el viejo Instituto de Ciencias Sociales – enquistado en plena Facultad de Derecho- y contribuyó a delinear el famoso plan 71, interrumpido por el golpe de Estado y restaurado luego durante los años ochenta. Lideró, además, la independencia de la sociología del yugo abogadil, esfuerzo que cristalizó en el controvertido proyecto de la Facultad de Ciencias Sociales. Por su parte, en los tiempos oscuros de la dictadura, le sobró energía para iniciativas profesionales privadas, dirigiendo empresas de opinión pública y de investigación de mercados.

En segundo lugar, la coincidencia es temática y sustantiva. La etapa formativa de Alfredo Errandonea transcurrió en pleno auge del Uruguay neobatllista. Durante los años cincuenta pudo absorber algunos rasgos del llamado enfoque de la *modernización*, el cual nació en el mundo académico norteamericano, se difundió por América Latina –con brillantez y originalidad- a través de la figura de Gino Germani y

halló en Aldo Solari el representante uruguayo más destacado. En el comienzo de su carrera, Errandonea fue ayudante de Solari, quien lo acercó a una vertiente de la sociología francesa que entendía la noción de estructura como “nexo de sociabilidad” sustentado sobre bases “físicas”, “biológicas” y “psíquicas”. Es muy probable también que el propio Solari lo haya guiado por el *estructural-funcionalismo* de Parsons y Merton. Del mismo modo, las preferencias de Solari por el tópico de la “estratificación social” y sus análisis sobre las clases sociales y los conflictos funcionalmente institucionalizados, ejercieron una notable influencia sobre Errandonea.

Tanto por motivos ideológicos como teóricos, Errandonea tomó distancia de la sociología de Solari. En muchos puntos, observaba en ella “optimismo autocomplaciente”, debilidad metodológica y ausencia de apoyo empírico. Sin embargo, en juicio reciente, Errandonea reconocerá que la modernización de la sociología uruguaya dependió, en medida trascendente, de los aportes de Solari. Con el tiempo, Errandonea aquilató el perfil de una incipiente sociología nacional capaz de sentenciar sobre la centralidad de las clases medias (con los consiguientes componentes de “igualitarismo” y escasa distancia social entre los estratos), y en paralelo percibir el retroceso y deterioro de sus características. Una sociología que no vacilaba en adherir con entusiasmo al “desarrollismo” en boga, aunque de a ratos mostraba lucidez ante la problemática de la dependencia. Una sociología, por fin, que incorporó una porción importante del conceptualismo teórico moderno, pero que supo abrirse en desarrollos específicos, tales como la sociología de la educación, la sociología rural, la sociología del desarrollo, la sociología política, etc.

La década del sesenta fue, en todas partes, un tiempo de divisiones. En aquellos años, con una sociología carente de recursos metodológicos y de investigaciones empíricas, Errandonea no pudo escapar a la influencia de figuras tales como Juan Pablo Terra (a quien juzgó como el “mayor realizador de investigaciones sociales que tuvo el país”) y Dionisio J. Garmendia, quien se destacó por incorporar al ámbito universitario –a partir de su Seminario de Investigaciones Sociológicas en la Facultad de Humanidades y Ciencias- los principales avances metodológicos de

la época (Lazarsfeld, Stouffer, Kendall, Zetterberg, Coleman, Gutman, Festinger, etc.).

Simultáneamente, la realidad del país imponía sus condiciones y, como en tantos otros casos de la época, la especialidad de cada uno no podía ser ajena a las pretensiones políticas. Años en los que el intelectual "académico" era opacado por el intelectual "crítico", "militante" o "revolucionario". La crisis, el deterioro, las confrontaciones, el auge de los movimientos obrero, estudiantil y guerrillero, fueron los otros escenarios por donde la pasión de Errandonea buscó su verdad.

El "gordo" Errandonea fue un hombre contradictorio. Lo fue por formación, por vocación y, tal vez, por utopía. Con seguridad, en aquellos años dramáticos para el Uruguay, sus pasiones encontradas no le dieron tregua. En tiempos más actuales, sus contrasentidos podían llevar a pensar que se trataba de unos de los sociólogos más completos. Y quizá de los más representativos, pues la sociología es eso, un campo de fuerzas, un ámbito en perpetua tensión.

III

Luego de aquel inicial encuentro en el Paraninfo de la Universidad, volví a ver a Errandonea como profesor de metodología cuantitativa primero, como docente de teoría sociológica más tarde y, por fin, como Director del Departamento de Sociología cuando pasé a integrar sus planteles. Sus clases constituían todo un desafío: gobernadas por el caos, por la ausencia de disciplina expositiva, el alumno debía mantenerse atento a las digresiones, a las salidas laterales, pues allí afloraban las reveladoras enseñanzas del virtuoso. Cuando me tocó cursar la metodología cuantitativa, acababa de publicar uno de sus trabajos más importantes: *Las clases sociales en el Uruguay*. No perdía la oportunidad de listar los ingredientes de su obra y de referirse a las mil piruetas para obtener un indicador complejo que arrojara alguna luz. En busca de luz, precisamente, muchos alumnos acudíamos a sus fichas metodológicas o apuntes de clase, y hallábamos lo mismo: desorden general, redacción deficiente, pero detalles impresionantes –como destellos involuntarios– que nos aclaraban la lógica del procedimiento, los fun-

damentos de la técnica y el alcance de la interpretación.

Sus características se mantenían cuando le tocaba exponer sobre cuestiones de teoría sociológica. Sin embargo, recuerdo que en este punto los alumnos lo podíamos seguir con otra fluidez. Formado bajo la impronta de la noción de estructura, no le eran ajenas la tradición francesa y la corriente del estructural-funcionalismo de timbre parsoniano (aunque con este último profesaba mayor afinidad en las derivaciones metodológicas que en las consecuencias teóricas). Recuerdo, también, sus observaciones sobre los clásicos, sus incursiones por los estudios teórico-empíricos de la Escuela de Chicago y sus clases algo desconcertantes sobre el interaccionismo de Goffman. Para los alumnos cautivados por la teoría social alemana –en especial, la Escuela de Frankfurt–, por la novedosa e inasimilable "teoría de la acción comunicativa" de Habermas, así como por las diversas líneas postestructuralistas y postmodernas, las clases de Alfredo Errandonea nos revelaban otro mundo teórico. Un mundo abigarrado, construido más en el caos y en la acumulación que en la síntesis y en el deslinde. Un mundo teórico compuesto de aportes complejos y variados, que muchas veces cerraba sus fronteras y, con cierta impertinencia dogmática, proclamaba: "lo que ustedes ven aquí dentro, ¡eso es la sociología!"

Por otra parte, cuando me tocó la oportunidad de participar en proyectos de investigación en el Departamento de Sociología que él dirigía, apreciamos sus aportes en los más diversos ámbitos de estudio. En particular, en el área de sociología política. Sus investigaciones, sus artículos y sus reflexiones –que nunca despreciaban la difusión periodística– se sucedían sin descanso. Muchas veces, llamaba la atención la abundante bibliografía que epilogaba trabajos relativamente breves. A todos los integraba y con todos –explícita o implícitamente– polemizaba. En un terreno plagado de voces – de las académicas y de las otras–, en donde asistimos al crecimiento de la ciencia política en el país, Errandonea no dejó de insistir acerca de las determinaciones y los condicionamientos de lo estrictamente sociológico sobre la dinámica política.

A la luz de lo narrado, alguien podría afirmar que Alfredo Errandonea representó otra épo-

ca de la sociología, otra manera de comprender lo social. Tal vez. Pero la influencia de las generaciones no se cancela por mandato automático. La sociología es una disciplina demasiado abierta a la discrepancia y la contradicción como para darle crédito a los pueriles parricidios o a las tonterías de muchos doctorandos deslumbrados por la "novedad".

IV

La muerte de Alfredo Errandonea nos ha sorprendido a todos. Ha dejado todavía más huérfana a la comunidad sociológica de este país. El golpe es más ostensible porque en los últimos años su pasión por la sociología no parecía tener sosiego. Ese hombre polémico, muchas veces resistido, buscó nuevas zonas de peligro. El metodólogo cuantitativo se sintió interpelado por las exigencias epistemológicas de la metodología cualitativa, y ordenó sus opiniones sobre asuntos de "fronteras" en un recordado artículo con Marcos Supervielle. El sociólogo por antonomasia, el infatigable luchador por la autonomía y por la identidad de la profesión, fue tentado por los debates acerca de los alcances de la interdisciplina y la transdisciplina.

Sin embargo, las exploraciones arriesgadas fueron dando paso, en tiempos más recientes, a proyectos singulares. Errandonea dedicó el último impulso de su pasión a hurgar en la historia intelectual de nuestro país. Quería detalles y

minucias sobre los autores y los textos de la sociología en el Uruguay. Murió mirando al pasado, en dura lucha contra el olvido. Una forma de reconocer el aporte de los otros, y una forma de dar las gracias también.

¿Buscar en la tradición lo que no se puede hallar en la sociología actual? ¿Acaso una astucia amable y provechosa para tomar distancia de una disciplina cada vez más profesionalizada y empobrecida? No tengo respuestas para tales preguntas. Uno tiene la sensación de que semejante proyecto debe pasar a manos de las nuevas generaciones. En esas manos, también, habrá que depositar el imponente legado de Alfredo Errandonea. No es tarea sencilla. Conspiran contra ello, la desmemoria, la ingratitud, la ambición fútil y el pálido anhelo de una sociología tan especializada como autista.

La figura de Alfredo Errandonea persistirá como la de un universitario comprometido y generoso. El tiempo le dará un lugar junto con hombres de la talla de Carlos Real de Azúa, Arturo Ardao, Aldo Solari y Juan Pablo Terra. Quedará como ese hombre corpulento que supo aunar – con inefable talante- conocimiento y pasión.

La última vez que vi a Alfredo Errandonea fue en un partido de Nacional, otra de sus pasiones. El resultado no había sido bueno, y yo le reseñaba indignado un sinfín de incidencias del partido. El no dijo nada, o casi nada. Me invitó a que no me amargara, me dio una palmada en el hombro y me despidió con una risotada.